

**SEGUNDAS VÍSPERAS DE NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT**  
**CLAUSURA DEL AÑO JUBILAR**  
**Homilía de P. Josep M. Soler, Abad de Montserrat**  
**27 de abril de 2007**  
**Ap 21, 2-4**

Queridos hermanos y hermanas:

La visión profética del autor del Apocalipsis nos presenta, en esta lectura que acabamos de escuchar, la prefiguración de la Iglesia gloriosa, llena de santidad, tal como será en el momento final de la historia, cuándo el Señor resucitado volverá para establecer su Reinado y hará que desaparezcan *todas las lágrimas*, todas las debilidades y pecados, todos los sufrimientos y la oscuridad, todas las injusticias y también la muerte. Pero esta Iglesia santa ya empieza a hacerse realidad ahora, en la historia humana, aunque no sea en plenitud. Encontramos dos imágenes plenas de significado para describir la realidad eclesial. Es vista como una *nueva* Jerusalén, porque es el lugar donde se reúne el pueblo consagrado al Señor para encontrarse con él; una Jerusalén que no es obra humana, sino que es obra de Dios, que la fundamenta, la hace santa. Después, pasa inmediatamente a otra imagen por describir la realidad ideal de la Iglesia; la compara con *una novia* engalanada para complacer a *su esposo*. Así destaca el amor íntimo que le tiene el esposo, que es Jesucristo, y el amor que ella, la Iglesia, quiere vivir hacia él y que llegará a ser pleno, por gracia, al final de los tiempos. Mientras, y ésta es otra realidad profunda de la Iglesia, el Pueblo de Dios es el lugar de la presencia del Emmanuel, del Cristo resucitado presente en medio de la humanidad, por eso la Iglesia es sacramento del encuentro con el Invisible.

Mientras no llegemos a la plenitud final, esta condición ideal de la Iglesia sólo se ha hecho realidad en plenitud en aquélla que es la síntesis, que su personificación cualificada: Santa María, la Madre de Jesús. Ella, con su santidad, fruto del don de Dios y de su cooperación libre, es la que más ha complacido a Cristo, el esposo de la Iglesia. Ella, con su maternidad, se ha convertido en *el tabernáculo donde Dios se ha encontrado con los hombres* y ha podido convivir con nosotros, hermano y amigo de todo el mundo.

Pero la visión del profeta del Apocalipsis toma un relieve especial en Montserrat, por eso la liturgia la proclama hoy. La voluntad divina ha hecho que esta montaña fuera un lugar significativo de la presencia de la Madre de Dios en medio de nuestro pueblo; con otras palabras poéticas que conectan con el texto que hemos leído, lo dice el Virolai: "Reina del Cielo, que los Serafines bajaron". Es Dios quien ha "bajado" la presencia de Santa María en este trono que es Montserrat. Aquí, entorno a María y con su intercesión maternal, se va edificando -por medio de la Palabra, de los sacramentos y del amor fraterno- la Jerusalén celestial, la Iglesia que peregrina en Cataluña y en tantos y tantos lugares de nuestro mundo de donde provienen los peregrinos que vienen a visitar a Santa María. Aquí mismo y en todos los pueblos y ciudades que están bajo su patronazgo, ella es instrumento del encuentro entre Dios y los hombres y mujeres que la invocan. Lo hemos visto a lo largo del año jubilar que hoy clausuramos. Son muchos los peregrinos que han renovado su adhesión a Jesucristo; muchos los que, visitando este sitio, han redescubierto la fe o se han planteado volver a vivirla; son muchos los que se han sentido impulsados al perdón; son muchos los que han afianzado su comunión eclesial. Los monjes conocemos sólo algunos casos. Sin embargo, todos están presentes en la mirada amorosa de Dios. Mucha gente ha experimentado, en su visita a Montserrat en este año de gracia, la solicitud de María como Madre de consuelo y de esperanza. Y empezando a hacer realidad la profecía del Apocalipsis, han sentido cómo Santa María *les enjugaba las lágrimas de los ojos*, les confortaba en las *penas* y les infundía coraje.

Hoy, al acabar este año jubilar, damos gracias a nuestro Dios, la Trinidad Santísima, por todos los dones que nos ha otorgado a los monjes, a los escolanes y a los centenares de miles de peregrinos que han visitado esta Casa de Santa María. Estamos, agradecidos, también en al Santo Padre Benedicto XVI que nos concedió la gracia del jubileo. Estamos agradecidos a los Obispos de Cataluña que, con ocasión de los 125 años del Patronazgo de Nuestra Señora de

Montserrat sobre Cataluña, han querido dejar a nuestras diez Iglesias Diocesanas una carta pastoral que invita a la esperanza y a vivir la fe cristiana en una sociedad plural, que invita a todo el mundo, con una actitud dialogante, a la reflexión sobre los temas fundamentales de nuestra convivencia ciudadana y de la ética de la persona y de la familia.

El año jubilar acaba. Pero no acaba el hecho de que Montserrat, por don de Dios, sea un lugar de gracia. Santa María continuará su presencia espiritual; será Madre de la luz y de la vida para todos los peregrinos. Continuará llevándonos a todos hacia Cristo, invitándonos a hacer *todo lo que él nos diga* y a celebrar nuestra fe.

Que nuestra alma, pues, y nuestra comunidad eclesial de monjes, escolanes y peregrinos reunida este atardecer en esta basílica, magnifique con María el Señor, porque su amor *se extiende de generación en generación* por los siglos de los siglos.